



**BATALLÓN
DE CASTIGO**

**SVEN
HASEL**

Es el frente del Este. Las fuerzas alemanas están sufriendo los embates del «General» Invierno, ese terrible invierno ruso con grandes tormentas de nieve y temperatura varias decenas de grados bajo cero. Mal pertrechados y peor alimentados.

Nuestros camaradas de la 2.^a Sección, 5.^a Compañía, 27.º Regimiento Blindado: *el Viejo, Porta, Hermanito, el Legionario* y *Sven*, se pasean detrás de las líneas enemigas de incógnito en un T-34, como premio los otorgan un período de guardia en una prisión militar y otras aventuras, del tipo al cual ya nos tienen acostumbrados.

BATALLÓN DE CASTIGO

1

La diferencia no es tan grande como parece —dijo Barcelona Blom, al tiempo que escupía por la escotilla lateral del tanque—. Como sabéis, intervine en la guerra civil española en calidad de «miliciano» de los Servicios Especiales. Llevábamos por la calle del Ave María, en Madrid, hasta las paredes del matadero a los sospechosos de pertenecer a la quinta columna o de ser fascistas. La tierra era allí tan seca que se bebía instantáneamente la sangre. Así no había que limpiarla. Preferían fusilarlos de pie, pero algunos se echaban al suelo y no había manera de hacer que se levantaran. Muchos gritaban: «¡Viva España!».

»Cuando me pescaron los nacionalistas y me metieron en la Legión Extranjera española tuve que demostrar que era un buen alemán y que había sido alistado a la fuerza por los hombres del general Miaja. Me metieron en la tercera compañía del segundo batallón, los del cuello azul.

—Bueno, basta de esa guerra —protesto Hermanito—. Es mejor que nos hables de las corridas de toros y de las hermosas mujeres bajo el sol.

Barcelona se frotó los ojos, como para borrar las visiones macabras. Empezó a hablar y olvidamos el frío ardiente y la nieve que helaba. Ya sólo veíamos el sol de España, ya sólo escuchábamos los clamores entusiastas de la multitud.

Incluso el T-34, el tanque ruso en que nos encontrábamos, escuchaba y olvidaba que le faltaba aceite. Ronroneaba suavemente, muy satisfecho, e imaginaba que era un enorme toro negro.

COMANDO ESPECIAL

La nieve se arremolinaba en la estepa sin límites. Espesos torbellinos azotaban los tanques alineados en formación cerrada, los unos tras los otros, sobre lo que debía de ser una carretera. Las tripulaciones se habían arrastrado bajo los vehículos o se arrebujaban en el lado protegido del viento, para resguardar sus rostros helados de los mordiscos de la tempestad.

Hermanito estaba bajo nuestro Panzer IV. Porta se había confeccionado una especie de colchón entre las cadenas, y parecía una enorme lechuza de nieve, con la cabeza hundida entre los hombros; entre sus piernas se acurrucaba el legionario, aterido.

El absurdo avance había cesado por el momento, sin que nadie nos hubiese dicho el motivo; de cualquier manera, a todo el mundo le daba igual. Permanecer allí, a la espera, o hacer otra cosa, poco importaba. No dejaba de ser la guerra.

Julius Heide, metido en un agujero, propuso una partida de cartas, pero nuestros dedos estaban tan entumecidos que no hubiesen podido sostener un naipe. El legionario tenía congelaciones serias en las manos y las orejas. El linimento que se nos había distribuido para estos casos parecía agravarlas; Porta lo había tirado desde el primer día, diciendo que olía a mierda de gato.

El Viejo se nos acercó, jadeando. Venía de ver al comandante. Su fusil ametrallador cayó en la nieve antes de que él se echara a su vez.

—¿Qué dice ese cerdo? —preguntó Porta, examinándose las manos cubiertas de heridas purulentas.

El Viejo no contestó. Empezó a llenar su pipa, la vieja pipa con tapadera que él mismo se había fabricado. El legionario le alargó su encendedor; era el mejor encendedor del mundo, el que nunca fallaba; lo había hecho con una capita de plomo y varios trapos calcinados, un pedazo de madera provisto de un fragmento de sílice y un trozo de navaja de afeitar. La navaja arrancaba una chispa al sílice, los trapos ardían y se encendía la pipa o el cigarrillo; luego se apagaba al bajar la tapa; la peor tempestad no impedía que el encendedor funcionase, y su débil resplandor era mucho menos visible, de noche, que el de una cerilla encendida.

—Bueno ¿qué ha dicho? —insistió Porta; después escupió con impaciencia.

Hermanito se golpeaba los muslos, para hacerlos entrar en calor.

—¡Jesús, que frío hace! —Se frotó con precaución el rostro apergaminado—. ¿Crees que falta mucho para la primavera?

—¡Imbécil! —exclamó Porta—. Apenas ha empezado el invierno. Dentro de tres semanas será Navidad, pero no tendrás regalos; excepto uno, tal vez, en el cráneo, de parte de Iván.

El Viejo sacó un mapa de su túnica blanca. Sus dedos insensibles lo extendieron sobre el suelo u con el índice mostró un punto en el papel multicolor.

—Tendremos que ir hasta aquí con la sección.

Hermanito asomó por entre las cadenas del vehículo y trató de pronunciar el nombre del poblado.

—El lugar en que estamos se llama Kotelnikovo —explicó *El Viejo*, mirándonos—. Está a treinta kilómetros de las posiciones exteriores alemanas en Stalingrado. De Kotelnikovo hay que ir en dirección a Obilnoge, para echar una ojeada a la concentración de tropas rusas. En resumen, va-

mos de reconocimiento hacia Sarpa y la costa. Si nos cortan la retirada y no podemos volver —*El Viejo* rió en silencio—, tenemos orden de establecer contacto con el IV Ejército rumano, que está al sudeste del Volga. Eso suponiendo que exista aún cuando lleguemos.

Porta se echó a reír y lanzó un sonoro pedo.

—Oye, ¿es que estáis locos, tú y ese cerdo? Iván no está ciego. Verá nuestros vehículos a cien leguas. ¡Menudo blanco!

El Viejo se frotó la barbilla y entornó los ojos.

—No, muchacho, es más refinado de lo que te figuras. Ante todo, una vez al día, tendremos que transmitir un mensaje por radio al Cuerpo de Ejército. —Se detuvo, dio una chupada a su pipa, luego se la quitó de entre sus labios y la utilizó para rascarse una oreja—. Después nos pondremos los uniformes rusos y nos embarcaremos en los T-34 que hemos birlado a Iván.

—¡Esto es un suicidio! —exclamó el legionario—. Imagina que Iván nos pesca vestidos con sus ropas y metidos en esos cacharros de la estrella roja. ¡Iremos derechos a la horca!

—Prefiero la horca a la muerte lenta en Kolyma.

—¡Tonterías! —susurró el legionario—. Trotarías a toda velocidad hacia el cabo Deshnev, si te dieran a elegir. Esas historias de preferencias son un camelo. Luchamos por la vida, esta vida amarga y cochambrosa. Es la voluntad de Alá.

—¡Y Alá ordena que nos metamos en los andrajos de Iván y en sus ataúdes de acero! —replicó Porta, riendo.

—Alá lo ha previsto todo —dijo el legionario.

—¡Ya está bien! —grito *Hermanito* desde abajo del vehículo—. Siempre dices que Alá es bueno, pero no cesa de hacé nos las pasar moradas.

El legionario se encogió de hombros. Para él Alá quedaba por encima de toda discusión. *El Viejo* se incorporó y recogió su fusil ametrallador.

—¡De frente, marchen! A casa del capitán Lander. Ansía veros.

Lentamente, nos incorporamos y, colgando el arma del hombro, emprendimos la marcha, formando un grupo muy poco reglamentario, hacia el tanque del jefe de la compañía.

El capitán Lander llevaba poco tiempo en el batallón de castigo. Se sabía que era un nazi fanático, oriundo de Slesving. Historias muy turbias relativas a unos niños habían hecho que fuese enviado al frente. Circulaban rumores extraños y Porta, como siempre, había descubierto el pastel gracias a su camarada del Estado Mayor del regimiento, el primero Feders. Había maltratado a unos niños. Una cuestión de baños helados en un instituto de «reeducación», o algo por el estilo. Esperábamos averiguarlo todo algún día.

Muchos como él intentaban relacionarse con nosotros. Nos palmoteaban la espalda y nos llamaban «camaradas»; repartían cigarrillos, recibían paquetes de Dinamarca, con grandes pedazos de tocino, alardeando de su fraternidad con la gente de los países que habían ocupado. Pero de nada servía. Nos enterábamos de sus fechorías por un camino u otro. Entonces Porta y el legionario decidían cuál había de ser nuestra conducta con ellos.

A los unos se les mataba por la espalda durante un ataque. A otros los entregábamos a Iván; lo que éste les hiciese tendríamos que ignorarlo siempre, y más valía así. A unos pocos los dejamos morir de frío.

El capitán Lander nos esperaba de pie, con las piernas separadas y las manos enguantadas apoyadas en las caderas. Era un hombre bajo y regordete, de unos cincuenta años, un comerciante de *Delikatessen*. Porta le llamaba «cortador de sebo». Aún no sabíamos que era al mismo tiempo administrador de bienes de su parroquia, ni tampoco que presidiese el Consejo de Tutela local. Le gustaban las citas bíblicas, y cuando enviaba a un hombre al consejo de guerra, decía con afligida devoción: «Lamento tener que

hacerlo, pero es la voluntad del Señor. Sus caminos son insondables cuando quiere recuperar una oveja descarriada».

Rezaba mucho; antes de las comidas, recitaba el *Benedicite*; invocaba al Espíritu Santo antes de firmar la orden de ejecución de campesinos rusos a los que sólo él consideraba guerrilleros, y se relamía los labios ante los cuerpos atravesados por las balas. «El que hiere con la espada, perecerá por la espada», decía, levantando hacía el cielo sus ojos de pescado hervido. Confundía a Dios con Adolf Hitler, pero jamás mencionaba a Jesús; entonces no estaba de moda.

El día que ejecutó personalmente a una joven, le dijo, mientras ella permanecía de rodillas:

—Encontrarás un mundo mejor en el reino de Dios.

Le acarició suavemente el cabello y consiguió disparar dos veces antes de que cayera.

El capitán se mantenía siempre a una distancia respetuosa de las tropas combatientes. La cruz de hierro le había sido concedida por error, y cuando el regimiento protestó por esta condecoración, el teniente coronel Hinka, nuestro comandante, recibió la orden de interrumpir sus investigaciones.

El Viejo terminó de dar la novedad y el capitán Lander hizo uso de la palabra.

—La guerra exige víctimas, es la voluntad de Dios. Si una guerra no es homicida, deja de ser guerra. La misión que os confío significa sin duda la muerte para la mayoría de vosotros. Pero será la muerte en combate, y llena de honor.

—¡Vete al diablo! —exclamó *Hermanito* en voz bastante alta.

Lander calló por un momento; lanzó una mirada de desaprobación, pero no de enfado. En la Escuela Militar de Dresde enseñaban que un oficial no debía perder nunca la serenidad. El cadete Lander había llenado ciento veintiséis cuadernos con las instrucciones del inspector jefe. Por lo

tanto, lo único que cayó sobre la primera sección fue una mirada altiva.

—La muerte puede ser hermosa —prosiguió con tono homílico—. Incluso puede ser dulce —gritó al desierto de nieve, como si saborease la palabra «dulce»—. El deber de un soldado alemán es combatir y morir por su gran patria; el final más hermoso para un soldado alemán es morir como un héroe.

—¡Pues muérete de una vez, cabeza de merluzo! —exclamó *Hermanito*, riendo.

El capitán hizo un esfuerzo inmenso para contener un aullido de rabia. Abrió y cerró varias veces la boca mientras su rostro azulado de frío enrojecía y palidecía sucesivamente.

—Cabo, le ruego que se calle en tanto no le dirija la palabra.

—Sí, mi capitán —exclamó *Hermanito*—, tendré mucho gusto en callarme hasta que mi capitán me dirija la palabra.

Porta sonrió, el legionario también, Steiner escupió en dirección a un cadáver que yacía sobre la nieve, *El Viejo* dio un respingo y se golpeó un muslo con la mano.

El jefe de la compañía se mordió los labios. Se ajustó el cinturón —algo caído— del que colgaba el revólver «Walther», y prosiguió con voz más brusca:

—Ha sido la voluntad de Dios el que se os haya elegido para una misión tras las líneas rojas, una misión magnífica de la que podéis sentirnos orgullosos.

—¿En serio? —preguntó la voz de *Hermanito*—. Así, pues, ¿Dios es general?

Esta vez, Lander olvidó sus cuadernos. Avanzó tres pasos y se plantó ante el gigante, vociferando:

—¡Cerdo!, ¡perro! Tres días de calabozo por insolentarse con un superior. Una palabra más y le mato como a un miserable. ¡Repita lo que acabo de decir!

—Sí, si me promete no disparar, mi capitán —contestó *Hermanito* en tono cuartelero—, porque si mi capitán falla-

ra el tiro, podrían llevarme ante un consejo de guerra y fusilarme de nuevo.

El capitán se congestionó hasta el borde de la apoplejía. Su mano se dirigió hacia el revólver y creímos que, efectivamente, iba a disparar. El único que conservaba la calma era el propio gigante, que permanecía muy tranquilo, con la mirada perdida en las nubes.

—¡A tierra! —gruñó el capitán.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó *Hermanito*.

—¡A tierra! —repitió Lander fuera de sí.

Hermanito se dejó caer como un saco de patatas. El obeso oficial le miró, escupió y siguió hablando al resto de la compañía.

—Este criminal es una vergüenza para el honor de la compañía. Si tenéis algo en el vientre, os las arreglaréis para que se pudra lo antes posible bajo un casco de acero oxidado, pero puedo garantizaros que sus días están contados. El primer consejo de disciplina que venga se ocupará de él.

El comerciante del Slesvig no escuchó, por fortuna, lo que *Hermanito* rezongaba, y se dignó ponernos al corriente de nuestra misión. La sección debía vestirse con uniformes rusos, montar en cuatro tanques rusos del tipo T-34 y emprender un reconocimiento tras las líneas enemigas. En Alemania, ciertamente, se tenía una elevada opinión de la Convención de Ginebra, de la que se hablaba a todo pasto, pero esta idea genial era una violación manifiesta de la misma. Con ademán despectivo, el capitán despidió a la compañía. A sus ojos, estaban ya en la lista de bajas.

Lo más difícil fue encontrar un uniforme ruso capaz de cubrir los dos metros del corpachón de *Hermanito*. Éste blasfemaba y vociferaba que era violar el derecho de gentes eso de meterle en el uniforme de Iván; tiró sobre la torreta del tanque un gorro de piel demasiado pequeño, pegó una patada a un fusil ametrallador e hizo esfuerzos desesperados para ponerse unos pantalones rusos.

—¡Ya sé! —exclamó de repente—. Voy a pedir que me juzguen inmediatamente. Según el reglamento, un condenado puede exigir que se le encierre antes del juicio.

—Estas chiflado —murmuró el pequeño legionario—. El tendero te liquidará en el acto, si reclamas ahora un juicio.

—¡Lo que digo es justo! —insistió el gigante—. Acuérdate del día en que escogimos a Adolf como Führer, y yo no sabía como se votaba.

Los veteranos de la compañía se echaron a reír mientras pensaban en el famoso día en que hubo que votar. Se trataba del gran referéndum «libre» de 1930, que debía evidenciar la unanimidad del pueblo alemán. Todo el mundo debía votar, incluso los soldados y los prisioneros de los campos de concentración. Entre nosotros, que por entonces estábamos en el regimiento de tanques de Eisenach, la cosa empezó con la aparición de hermosos carteles multicolores de los diversos partidos por todas las paredes. En la compañía, se pronunciaron discursos políticos para darnos idea de lo que deseaban. Se llegó incluso a organizar discusiones «libres» durante las horas de servicio.

Las disputas subían de tono durante esas discusiones. Nuestra sección incluía a cuatro comunistas y a siete socialdemócratas, todos los demás no entendían nada de política. Pero al cabo de cierto tiempo, la mayoría de nosotros estábamos convencidos de que más valía votar contra Hitler, aunque no comprendiésemos bien el motivo.

Llegó el día de la votación. Las orquestas tocaban en las calles de Eisenach, acompañadas por el redoblar de los tambores. Banderas por todas partes, pero, pese al «voto libre», sólo las había con la cruz gamada. A las tres de la tarde, todo el mundo debía estar en el cuartel para votar, cada sección en su dormitorio. Estábamos nerviosos. *Hermanito* juraba en voz alta que sólo votaría por el partido que le enviara a su casa; Porta y él preparaban ya sus pertenencias para devolverlas al almacén; era cuestión de horas.

Se abrió la puerta, el teniente Pötz, apodado *La Monja*, entró. Llevaba en la mano un montón de papeles de voto.

—¡Firmes! —gritó el jefe de la sección, antes de dar la novedad al teniente.

Éste se llevó tres dedos a la gorra después de escuchar el parte. Luego examinó el dormitorio para ver si todo estaba de acuerdo con el reglamento. Bajo un zapato de Porta quedaba una motita de tierra, lo que costó a nuestro amigo su permiso del domingo; en cuanto a *Hermanito*, cuyo dedo estaba manchado con grasa de fusil, fue obsequiado con un turno de guardia suplementario. La disciplina quedaba a salvo.

La Monja ordenó descanso.

Solemnemente, extendió las papeletas en la mesa, se estiró la guerrera y lanzó una mirada inquisidora. Lo que vio le tranquilizó: éramos lo que parecíamos ser, un rebaño humano disciplinado hasta la muerte. Carraspeó y volvió a estirarse la guerrera, que iba adornada, en honor al día, con un puñal de gala. Sonrió como una novicia.

—¡Camaradas! —gritó—. Hoy, la gran Alemania ha de votar. Vivís un hermoso día. Un hermoso día en el que ocurre algo trascendental.

Calló de repente, al darse cuenta de que *Hermanito* no escuchaba.

—Soldado Creutzer, ¿qué está mirando?

—Las moscas, mi teniente.

—¿Qué moscas?

—Esas dos que se están haciendo el amor en la lámpara, mi teniente.

Y *Hermanito* señalaba con el dedo dos moscas a punto de aparearse.

—¡Idiota! —exclamó el teniente—. ¡Repita lo que acabo de decir!

Hermanito se cuadró y se olvidó de las moscas.

—Ha dicho que era un gran día.

—Sí; y, ¿por qué es un gran día?

El gigante mostró su estupefacción; casi se podía oír el funcionamiento de su cerebro.

—¿Y bien? —insistió.

Hermanito tuvo un arrebató de inspiración.

—Es un gran día porque no tenemos servicio y falta mucho para que anochezca.

—¡Cretino! —aulló el teniente, al tiempo que administraba dos bofetadas a nuestro camarada.

Cuando se restableció la calma, *La Monja* reanudó su discurso.

—Camaradas, os ordeno que sintáis en lo más profundo de vuestro ser la emoción de este gran día. Si entre vosotros hubiese quien no lo sintiera, le daría una paliza tal que en su trasero se podrían freír huevos. ¡Espero que me hayáis comprendido, brutos! —Se reajustó el puñal de gala—. Nuestro Führer bendecido por Dios, Adolf Hitler, ha permitido que miserables como vosotros puedan votar por él, y me cuesta imaginar que incluso unos cernícalos así puedan pensar en hacerlo por otro.

Por tres veces, todo el mundo gritó: *Heil!*, incluidos los comunistas y los socialdemócratas. Un hombre fue llamado a la mesa. El teniente le metió un lápiz entre los dedos y le indicó la papeleta.

—Ponga una cruz ahí.

Uno tras otro fuimos llamados de la misma manera y todo fue como una seda hasta que llegó el turno de *Hermanito*.

El gigante estaba evidentemente nervioso y no puso la cruz en el lugar debido. ¿O lo hizo adrede? Nunca lo supimos. Pero el teniente Pötz estalló como una bomba.

—¡Esto es alta traición, cerdo! Ahora verá lo que es bueno.

Persiguió a *Hermanito* bajo las camas y por encima de los armarios y lo castigó con tres guardias suplementarias, tras de lo cual toda la sección, en represalia, tuvo que realizar unos ejercicios adicionales.

La misma noche, el jefe de la compañía sancionó a *Hermanito* con catorce días de calabozo por haber manchado el honor de la compañía a los ojos de los oficiales.

—Si te diese lo que mereces —gritó el sargento—, tendría que enviarte de una patada ante el piquete de ejecución. —Escupió a los pies de *Hermanito*—. Pero como me gustan los animales, te librarás con catorce días de calabozo.

El comandante transformó el castigo en tres meses de arresto, con grilletes.

—Y si protestas, te las verás con el consejo de guerra. En casos como éste, lamento que no estemos en la Edad Media. Tu única salvación es que solicites el inmediato cumplimiento de la condena.

Diez minutos más tarde, *Hermanito* estaba en el calabozo, y durante tres meses se preguntó adónde podían conducir las votaciones verdaderamente libres.

El Viejo llegó con el andar casino que le era tan peculiar. Ordenó secamente:

—Apresuraros a poner los trapos de Iván, y preparad los T-34. Salimos dentro de una hora.

No hubo ninguna charanga en la salida de la sección. Grises y tristes, nos eclipsamos rápidamente. Los comandantes de los tanques, silenciosos, contemplaron nuestra marcha desde lo alto de sus torretas. *El Viejo* levantó la mano en ademán de despedida, y eso fue todo.

—Nunca volveremos a verles —dijo un teniente de la cuarta compañía—. Si Iván les pesca, les valdrá la horca en cuestión de minutos, y si tratan de regresar a nuestras líneas con esos uniformes, los acribillaremos a cañonazos.

Escupió, sonriendo amargamente.

—Todo eso es una mierda —anunció *Hermanito*, mientras agrandaba con el pie un gorro de piel demasiado pequeño.

El vehículo jadeaba sobre sus cadenas chirriantes mientras subía la pendiente; por el tubo de escape salían cortas